

Hind, Emily. "Introversión, grasa, *bullying* y lo *cool* en la literatura mexicana para niños (y jóvenes): Aguilera, Brozon, Chacek, Dehesa, Hinojosa, Montiel Figueiras y Villoro." *Revista de Literatura Contemporánea Mexicana* 67.22 (2016): 9-24.

Introversión, grasa, *bullying* y lo *cool* en la literatura mexicana para niños (y jóvenes): Aguilera, Brozon, Chacek, Dehesa, Hinojosa, Montiel Figueiras y Villoro

Emily Hind
University of Florida

Resumen

La extroversión que señala Susan Cain en *Quiet* (2012) como valor clave de nuestros tiempos no necesariamente se refleja en la narrativa mexicana para niños. Karen Chacek apoya a sus personajes introvertidos y así demuestra que los tímidos pueden tomar su lugar al lado de los extrovertidos admirados como gente *cool* con tal de que no se dejen definir por la gordura. Los personajes pesados en los libros de Francisco Hinojosa, Mauricio Montiel Figueiras y Juan Villoro ejemplifican la regla que por sinceros y sudorosos, los gordos resultan poco *cool*. En textos para un público lector más avanzado, las novelistas Flor Aguilera, Mónica Brozon y Juana Inés Dehesa intentan cuestionar la presión por la delgadez. No obstante las buenas intenciones, el tema del peso contradice la idea de que los gordos y los *nerds* también merecen la etiqueta *cool*.

Palabras clave: literatura mexicana para niños, introversión, la grasa, estudios de la gordura, *bullying*, lo *cool*, literatura mexicana para adolescentes, *Quiet*, Susan Cain.

EL PRESENTE ANÁLISIS SE INSPIRÓ en una duda: ¿los textos contemporáneos para niños mexicanos apoyan una visión introvertida del mundo? Por ejemplo, ¿a todo protagonista niño le gusta pasar el tiempo libre fantaseando en un mundo silencioso e interior? O, al contrario, ¿el contexto mexicano —muchas veces percibido como pobre en lectores— aboga por otros valores, tales como el cotorreo,

el fútbol o la telenovela? La respuesta varía según el autor, y a continuación estudio la obra de Karen Chacek para lectores niños como un ejemplo de una narrativa introvertida y contemplo la obra de Juan Villoro para (más o menos) el mismo público infantil como un ejemplo de la extroversión. Mi interés por el tema de la introversión se avivó por las observaciones de Susan Cain en *Quiet: The Power of Introverts in a World That Can't Stop Talking* (2012). Cain se preocupa por el injustificado valor que se otorga hoy día a la extroversión. Al hacer mis propias investigaciones al respecto, surgieron otros temas entrelazados, evidentes sobre todo en las letras dirigidas a los jóvenes. Resulta que en varios textos mexicanos, la presencia de un personaje gordo cambia la perspectiva sobre lo *cool*. Tanto los introvertidos como los extrovertidos pueden llegar a ser admirables, siempre y cuando no se definan por la grasa.

El análisis de lo *cool* se beneficia con el pensamiento de John Street sobre la dificultad sufrida por los políticos de presentarse como admirables a manera *cool*. Dado que a los políticos les debe importar el futuro de los demás, no es aceptable que luzcan un desapego irónico hacia los problemas (Street 369).¹ Tal como la política sincera –y por ende poco *cool*– del análisis de Street, los gordos de la literatura para niños son víctimas de la candidez. La agresión que

se dirige al personaje gordo poco *cool* lleva a un tercer aspecto analítico: el *bullying*. Las relaciones agresivas entre los niños, tal como la “epidemia de la obesidad”, ahora acaparan la atención en México y en Estados Unidos en una prueba de la identidad norteamericana cada vez más compartida. Esta transición marca nuestros tiempos, pues según el experto Shaheen Shariff ni siquiera se estudiaba el *bullying* de modo sistemático sino hasta los años setenta (22). No se consideraba el *bullying* como un problema en lugares como Reino Unido y Estados Unidos hasta los ochenta (25).² Para estudiar las conexiones entre estos temas, exploro unos textos más para lectores jóvenes del siglo XXI escritos por Mauricio Montiel Figueiras, Flor Aguilera, Mónica Brozon y Juana Inés Dehesa. Estas últimas tres no escriben para niños, sino adolescentes. La escala de dificultad aquí comienza con los textos sucintos de Chacek, pasa por las narrativas todavía ilustradas pero más extensas de Villoro y Montiel Figueiras, y termina con las novelas para jóvenes de Aguilera, Brozon y Dehesa. A pesar del nivel más alto de las novelas, los textos incluidos dentro de la serie “Doll”, de Brozon y Dehesa, retienen el uso de imágenes que reflejan el contenido del texto escrito.

² Según Shariff, el *bullying* como fenómeno negativo casi no se reconocía fuera de los países de Noruega y Suecia hasta los años tardíos de la década de los setenta, cuando se tradujo al inglés *Aggression in Schools: Bullies and Whipping Boys* (1978), de Olweus (25).

¹ Street se apoya en la descripción despectiva de lo *cool* elaborada por Dick Pountain y David Robbins.

El peso de las ventas

Los niños tal vez no compran sus propios libros, pero sí ejercitan una influencia asombrosa sobre el mercado literario en México en gran parte porque el gobierno mexicano pide tiradas millonarias. Aunque puede ser que en última instancia los textos con personajes más extrovertidos vendan más debido a esos pedidos gubernamentales, también en escala menor se venden los textos que apoyan una sensibilidad introvertida. Ofrezco como ejemplo que respalda la introversión los títulos de Karen Chacek: *Una mascota inesperada* (2007), *Nina complot* (2009) y *La cosa horrible* (2011). En un correo electrónico personal, la autora informa que *Una mascota inesperada* logró su quinta reimpression en el año 2011; hasta ahora ha vendido alrededor de 20,000 ejemplares. Esa estadística supera por mucho los números típicos de libros para adultos en México, donde una tirada de 3000 ejemplares se considera generosa. La primera tirada de *Nina complot* alcanzó unos 4000 ejemplares y ahora se traduce al inglés.³ Cuando se toman en cuenta esos números substanciales de lectores implicados por las ventas, impresiona que los críticos literarios no presten más atención a esa literatura. Los títulos para jóvenes se difunden más a nivel nacional que la ficción para adultos.

Como contraste con Chacek, doy el ejemplo de Juan Villoro, quien disfruta de un éxito maravilloso en el mercado juvenil. Su texto *Las golosinas secretas* (1985), hasta mediados de junio de 2013, había vendido unos 59,453 ejemplares con once reimpressiones tan sólo con el Fondo de Cultura Económica (Pretelin Eguizar, 14 de junio). Villoro informa en un correo electrónico que la primera edición de *Las golosinas secretas* y la edición de 2010 que salió con la editorial CIDCLI movieron, respectivamente, 15000 y 5000 ejemplares (14 de jun). En un correo más tardío, Villoro cavila a fondo sobre el significado de estos números y aclara que *Las golosinas secretas* “está muy por abajo en ventas” cuando se compara con otros títulos suyos dirigidos a un público joven, aunque “obviamente, está mejor que algunos libros míos para adultos y más o menos empatada con los que más venden”. Advierto al público que conoce los números típicos de las ventas en las librerías de México que debe tomar asiento. Los siguientes datos sobre los textos más vendidos de Villoro retan toda noción de verosimilitud. Cito a Villoro del mismo correo electrónico:

La Secretaría de Educación hizo un tiraje de mi novela *El libro salvaje* de un millón de ejemplares. Fue uno de los dos libros escogidos para ello. Obviamente, la literatura para adultos no puede competir con libros que entran masivamente en los planes educativos. *El libro salvaje* ha vendido más que todos mis demás libros juntos. Si descontamos ese libro,

³ Hasta la fecha, *La cosa horrible* se lanza también al éxito editorial con una primera tirada de 2000 ejemplares.

el segundo en ventas, *El profesor Zíper y la fabulosa guitarra eléctrica*, ha vendido más que todos los demás libros juntos.

A pesar de la amplitud de la colección literaria de Villoro, elijo analizar aquí solamente *Las golosinas secretas*. Además de la extroversión de sus personajes, la niña gorda en este texto —la que sirve de antagonista a la pareja que forman la niña aspirante a actriz y el niño futbolista— apunta hacia la vertiente temática fundamental de lo *cool*. Antes de mostrar en detalle ese efecto de lo *cool* contra la grasa como se ejemplifica en el texto de Villoro, repaso el concepto de la introversión anclada en algunos textos de Chacek.

La introversión y la obra de Chacek

Según un reportaje periodístico, el antes mencionado *Quiet* de Cain se convirtió en una sensación comercial casi instantánea y a pocos días de su lanzamiento el texto llegó al segundo lugar en la lista de los mejores vendidos de *The New York Times*; ahora el libro se ha traducido a más de 30 idiomas (Mulkerrins). Claramente, *Quiet* tiene algo que decir sobre la introversión que interesa a la gente dispuesta a comprar libros. Sin duda, agrada a los silenciosos la explicación de Cain acerca de que la introversión no necesariamente conlleva una cualidad misantrópica y que los tímidos pueden deslumbrar como interlocutores; el punto donde se distinguen los introvertidos de

los demás se relaciona con las preferencias y no con la habilidad estricta. Según Cain, la gente introvertida responde a motivos internos y no teme a la soledad, ni a la reflexión, ni a la plática íntima sobre los problemas. Los extrovertidos, por el contrario, se concentran más en las oportunidades sociables y los premios externos a ellos; por eso su conversación favorece una gama más amplia de temas y éstos tienden a ser más ligeros (238). Inquieta esta reevaluación de la introversión porque Cain lamenta la presión en las aulas universitarias por forzar a todos a comportarse como si fueran extrovertidos.⁴

Afortunadamente, no todos se doblegan ante el ideal extrovertido. Como decía, en varios de sus libros para niños, Karen Chacek retrata la introversión sin reproche. En *Una mascota inesperada* (2007), un texto para lectores principiantes, el protagonista de cinco años, Tab, sufre del *bullying* porque lleva lentes (10-11). A Tab le gusta quitarse sus lentes para desconectarse y facilitar su mundo interior, y ese gusto establece su naturaleza de retraído fantasioso (19). El día de su sexto cumpleaños, Tab hace un berrinche de introvertido clásico. Para comprobarlo, cito a Tab: “Dejé los lentes en el coche. Así no tengo que ver a nadie” (26). El atletismo del pequeño

⁴ *Touché*. En efecto, mis clases piden frecuentes exposiciones orales y un diálogo espontáneo. Todo estudiante puede fingirse sociable durante clase porque, como Cain advierte, los introvertidos son capaces de imitar las características ajenas a su naturaleza, gracias a la Teoría de Características Libres (“Free Trait Theory”) (209).

mejora sin los lentes, y sin querer Tab tira bien la pelota en un juego de feria y se gana un pez. Pronto el niño mete a su mascota inesperada en un frasco de mayonesa y lo lleva por todas partes, hasta al cine (46). El libro concluye con esta amistad no verbal entre un niño y su pez: “Los dos sabemos cómo es ver el mundo a través de un cristal” (54). La narrativa de Chacek nunca opina de manera negativa sobre la introversión de Tab, y de hecho se repite la fórmula en otro texto, *La cosa horrible* (2011).

La solución del protagonista introvertido de Chacek a la “cosa horrible” se halla una noche en que Lolo descubre dentro de su cama una puerta igual a la de su casa y un niño “idéntico a él” (aprox. 20). Así comienzan las aventuras de “Lolo y el otro Lolo” en la casa duplicada (aprox. 23, 28). Tras vencer la cosa horrible en ese mundo doble, Lolo y Lolo se dan un abrazo y celebran la amistad introvertida (aprox. 37). De nuevo en su propia cama, Lolo duerme feliz puesto que cuenta con “un aliado” (aprox. 41). En ambos libros, *Una mascota inesperada* y *La cosa horrible*, los protagonistas se divierten con unos amigos ilusorios, ya sea un pez o un doble, sin convertirse en el blanco de crítica. Es más, las ilustraciones de *La cosa horrible*, realizadas por Julián Cicero, se adhieren a una estética oscura. Lolo y el otro Lolo emprenden sus aventuras en medio de páginas grandes de colores tan opacos que la saturación de tinta hace oler raro el libro cuando se saca del plástico por primera vez. Tal vez me arriesgo a unos estereotipos excesivos, pero intuyo que

mi tolerancia a esas imágenes se arraiga en la introversión. Ni siquiera había reparado en lo extraño de ilustrar un libro para niños de esta manera lóbrega hasta que mi tía (más extrovertida que yo) rechazó el texto tras hojearlo. Su queja sobre la oscuridad dejaba intuir su razonamiento: *La cosa horrible* no es un texto apropiado para niños por el arte tenebroso. Discrepo con esta militancia por los colores alegres. Chacek y Cicero cumplen con las necesidades de los niños que favorecerán, con o sin el permiso de los padres, la introversión y sus soledades. En una especulación enteramente intuitiva, presiento que esos lectores no dependen tanto del estímulo de los colores vivos para disfrutar de un libro.

Además, a juzgar del análisis de *Quiet*, creo que Susan Cain probablemente defendería el derecho de Tab y Lolo por entablar esas amistades insólitas y poco agresivas, ya sea con un pez o con un doble nocturno. La defensa de ese derecho podría basarse en un valor histórico, la “Cultura de Carácter”, precisamente el inverso de la ahora dominante “Cultura de Personalidad”, con la cual se estructuran las aulas universitarias al privilegiar a la gente que evita mostrar ansiedad y nos entretiene con la labia (31). Otra etiqueta para esta “Cultura de Personalidad” de que se queja Cain podría ser la “Cultura de Extroversión”. Aun si Cain exagera el proceso histórico que presiona a los profesores a obligar la personalidad extrovertida, y aun si *Quiet* sólo rastrea ese valor a través de la historia de Estados Unidos,

no parece un salto demasiado audaz el afirmar que esa preferencia hacia los extrovertidos existe en otros países. No resisto agregar un ejemplo breve de una novela para adolescentes mexicanos que avala la conexión entre la extroversión y la personalidad. Juana Inés Dehesa escribe *Rebel Doll* (2012) para mofarse de un personaje flaco que se cree *cool*, la fresa Lorena, quien al descubrir una breve vocación por ser cabecilla política izquierdista rompe con su novio Álvaro con la siguiente justificación: “Gordo, tú como que tienes cero personalidad, eres cero radical y tipo dejás que cualquiera te pase por encima, ¿sí me entiendes?” (377). Continúa el diálogo de Lorena, en realidad narrada aquí por su hermanito: “Y yo soy el tipo de niña que necesita un niño de personalidad súper fuerte, como para que me equilibre, haz de cuenta” (377). A la vez que los otros personajes se ríen de Lorena por su manera poco culta de hablar, no disputan el contenido fundamental de lo que dice. La personalidad triunfa hoy y atrae a otras personalidades ganadoras, *háganse de cuenta, porfa*.

¿Y cuál es el problema con proclamar la extroversión como el ideal unitario y el único camino a la “personalidad”? La primera complicación viene con el hecho de que a pesar de su verbosidad, los extrovertidos en realidad no son necesariamente más inteligentes que los introvertidos, y tampoco son necesariamente mejores líderes (Cain 51). Además, según Cain, la presión por fingirse extrovertido espolea el uso de los medicamentos contra la ansiedad,

aumento evidente desde la segunda mitad del siglo XX (29). Si creemos a Lennard Davis, no siempre sabíamos angustiarnos por la “ansiedad” o la “preocupación” como hacemos ahora. Aunque parece increíble, el diccionario Oxford del idioma inglés sólo comienza a citar “worrying” (inquietado, preocupado) como un estado mental en el siglo XIX (Davis, citando el trabajo de Adam Phillips 130). Respecto a los valores mexicanos que seguramente comparten esa historia decimonónica del surgimiento de la ansiedad, viene al caso la advertencia de Jorge G. Castañeda que al controlar por el Producto Interno Bruto (PIB), las estadísticas sugieren que México tal vez hospeda la sociedad más auto-medicada en el mundo (xxiv). Ciertamente, la ansiedad por fingirse siempre parlanchín y seguro de sí mismo, tensión inventada por la extroversión impuesta como regla universal, podría constituir uno de los motivos para recetarse tanto medicamento.

Cuando Chacek escribe para lectores un tanto más avanzados, sigue con la figura solitaria e imaginativa y los colores oscuros. Las ilustraciones de verde y negro para la primera edición de *Nina complot* (2009) se eligieron en primera instancia porque bajaban el precio de la primera edición, según la autora (Hind 158). No sé si se debe atribuir esa estética únicamente al dinero, pero sí queda evidente el contraste chocante con la traducción al inglés. El anuncio gringo en Amazon.com promete la traducción con una portada dominada por el color rosa chillante. En la versión original más tétrica, los dibujos de

Abraham Balcázar se inspiran en los músicos punk británicos (Hind 155). El texto de Chacek no desentona con esa provocación inicial, y presenta unos “seis pajarracos pulgosos” que vigilan a Nina desde recién nacida para que la chica “no estropeará sus planes de hacer enfermar al estómago al planeta” (aprox. 10). Sobra decir que Nina combatirá los pájaros sola, tras avizorar la amenaza de los pájaros también sola, y nunca se molestará por comentar su soledad. Nina es una introvertida nata, como se ve por el comportamiento algo huraño durante los primeros años de vida. La solitaria Nina sólo se tranquiliza al escuchar a su padre reírse, siempre de la “estupidez adulta”, costumbre que años más tarde resulta fatal. Repaso el detalle pesimista: en medio de una comida familiar, el papá “se carcajeó tanto, tanto, tanto, que el corazón le estalló en pedazos... literalmente *murió de risa*” (aprox. 15; aprox. 20, elipsis y cursivas originales). Los pajarracos celebran esa muerte en vano, pues “Nina ya era lo suficientemente grande como para combatir la estupidez adulta que los alimenta” (aprox. 21).

La lógica argumental vuela libremente en esa narrativa soñadora, y en el siguiente capítulo, “Nina complot y las máquinas ruidosas”, se anuncia que el fin del mundo se provocará por “una confabulación mundial de máquinas siniestras” (aprox. 28). Esa aversión al ruido indica la inclinación que siente Nina por el silencio. El complot dizque apocalíptico del ruido ajeno que invade el espacio propio se interrumpe cuando Nina lanza una caja de cereal

desde la azotea y “provoca la colisión de los seis pajarracos pulgosos que la vigilan” (aprox. 56). El resultado, todo un triunfo para una introvertida urbana, culmina en un apagón de ocho cuadras a la redonda. La última imagen de Nina la ubica sola en la azotea, triunfante como intérprete estelar de esa fantasía (aprox. 60). Ya que anticipé el tema de la gordura, debo precisar que Nina no come de la caja de cereal con que se hace acompañar. Los personajes de Chacek no luchan contra la gordura, ya sean o no dibujados como regorditos. La habilidad de rodearse con la comida sin caracterizarse por la grasa ayuda a que el personaje introvertido de Chacek sea admirable o *cool*. Si el personaje introvertido definido como tal sí puede ser *cool*, y si el personaje gordo entendido como tal no connota la atracción de lo *cool*—como demostraré con los textos analizados a continuación— se sugiere que los introvertidos pueden juntarse de manera honoraria a la Cultura de la Personalidad bajo la condición de que no obedezcan al hambre, sino al antojo.

La extroversión y *Las golosinas secretas* de Villoro

Los héroes extrovertidos en *Las golosinas secretas*, de Juan Villoro, no se definen por su peso, o por lo menos no por el exceso de peso. La edición de *Las golosinas secretas* puesta en circulación por el Fondo de Cultura Económica, de cuya versión extraigo la paginación de las citas siguientes, hace uso de imágenes

de Mauricio Gómez Morín. La primera edición del CIDCLI de 1985, reimpresa en 2010, emplea el arte de Gabriel Orozco. Ambos, Gómez Morín y Orozco, representan una familia gorda, aunque sólo Gómez Morín distingue entre el peso de los dos niños, Fito y Cuco. Como primera prueba de la extroversión de los personajes en *Las golosinas secretas*, apunto que el texto comienza de esta manera: "Todas las noches, Rosita se maquillaba a escondidas"; antes de cambiar la página, se insiste en las atracciones de la tal Rosita y su obsesión con verse como actriz de cine (7). Esas atracciones externas sí participan en lo *cool*, ya que "todos los niños en la colonia" se enamoran de Rosita, incluyendo Cuco y Fito, "excelentes devoradores de golosinas" quienes "[s]iempre tenían un caramelo en la boca" (8). Como gente *cool*, los dos niños vorazmente heterosexuales manejan sus sentimientos amorosos al acudir a la tienda de don Silvestre "a tomar refrescos de emergencia" (8). Gómez Morín presenta a Cuco como un niño rechoncho, aunque el texto de Villoro no indica que alguno de los dos amigos sufra obesidad. Fito, el flaco según Gómez Morín, finalmente gana el corazón de Rosita, hazaña posibilitada por las trampas de "la gorda Tencha" que odia "con toda su alma" a Rosita por presumida (9). Cuco y Fito "soportaban a la gorda sólo porque era buenísima en fútbol" (10). Villoro insinúa que la gordura atenta contra la femineidad atractiva que de otro modo ejercitaría Tencha.

Contra la percibida amenaza de su rival Rosita, la gorda Tencha monta el plan de volver invisible a la niña vanidosa por medio de un pintalabios especial de Estados Unidos. Surge la oportunidad de encargarse este producto a la madre de Tencha, porque la mamá va con la abuela al norte para ver a un médico "Martínez" que se especializa en la obesidad (16). Como familia, la madre o "la supergorda" y la abuela o "la recontra gorda", al lado de la gorda de Tencha, "pesaban tanto que no había elevador capaz de levantarlas" (15). De una página a otra, la madre y la abuela regresan más delgadas de Estados Unidos y Villoro, tras proporcionar el número exacto de kilos que ahora pesan (115 y 118, respectivamente), relata que la Tencha traicionera entrega a la Rosita creída el lápiz labial (18). Quizá sobra decir que Rosita se vuelve invisible tras aplicárselo. Aquí brota la ambigüedad de la dinámica del *bullying*: Rosita, si bien es presumida, ¿cae como víctima ingenua? ¿O Rosita merece esta venganza por haber victimizado a Tencha a través del apodo de *gorda*? ¿Qué tan malo es llamar a la niña *gorda* si ese término puede denotar cariño en su uso en México? Para mi gran alivio, los estudios sobre el fenómeno del *bullying* sugieren que las respuestas no importan tanto como las preguntas, puesto que los eslabones en esta cadena se forjan del mismo metal.

Los académicos encuentran entre los niños todavía chicos unas tasas relativamente altas de la coincidencia en el

mismo individuo del papel de víctima y el de agresor (Hanish *et al.* 133-134).⁵ Según otras investigaciones, el fenómeno del *bullying* afecta por mucho tiempo a los involucrados. Al haber experimentado el *bullying* a los ocho años, ya sea en el papel de agresor o de víctima, y ya sea hombre o mujer, se aumenta la probabilidad de sufrir problemas psicológicos casi dos décadas después del conflicto (Nunn 140). Esta secuela emocional y la coexistencia en la misma persona durante la niñez temprana de los roles de verdugo y torturado proponen que no importa quién sea víctima ni agresora en el episodio de *bullying* entre Tencha y Rosita. A todos los compañeros les hace mal la competencia brutal por estatus. Aunque desde la perspectiva del narrador Rosita emerge de la crisis como más *cool* que Tencha, el lector informado de las investigaciones respecto al *bullying* puede decidir que ninguna de las dos tiene un buen futuro garantizado.

La proliferación de personajes en *Las golosinas secretas* indica la naturaleza extrovertida del texto. Para ir al grano, resumo que motivado por la invisibilidad de Rosita, Fito se pone a buscarla con la ayuda de don Silvestre, el dueño de la tiendita con el cuarto de las golosinas secretas (23). El éxito de Fito asegura el fracaso de Tencha. La conclusión asegura la infelicidad de la antagonista:

“La gorda Tencha hizo tal coraje al ver a Rosita que se comió un enorme pay de limón y se indigestó” (38). En el último renglón, Villoro declara que los dos héroes siguen felices como pareja: “Bastaba [a Fito] con tomar a Rosita de la mano para que el mundo tuviera otros colores” (38-39). La última imagen en la edición ilustrada por Gómez Morín demuestra que para la gente *cool* habrá una excepción a la regla biológica de la gordura: como epílogo, aparecen dos malteadas con los popotes entrelazados. Las golosinas no ensanchan al protagonista *cool* y las malteadas para él –al contrario de la familia de Tencha– no connotan el sobrepeso. Esa impunidad frente a la grasa sugiere un eje cardinal de lo *cool*. Se puede teorizar que Fito y Rosita se distinguen de Tencha por seguir el apetito y no el hambre; o sea, por respetar el antojo y no la obligación o la necesidad. Esa voluntad *cool* aplica igualmente a los introvertidos de Chacek y a los extrovertidos de Villoro, y marca la diferencia entre ellos y los personajes gordos que sólo cumplen el papel de pesado, es decir, de antagonista.

La gordura y la obra de Hinojosa y Montiel Figueiras

La distinción entre el gusto antojadizo y la necesidad hambrienta se toma de la historia fundacional de la gordura armada por Hillel Schwartz, *Never Satisfied* (1986), bien citada por Richard Klein en su tratado divertido y más escueto, *Eat Fat* (1996). Vale la pena citar estas con-

⁵ Con unos años más de maduración, se estabilizan las categorías y los jóvenes ya no traspasan con tanta facilidad la barrera entre víctima y agresor (Hanish *et al.* 134).

templaciones tranquilizantes de la gordura por su efecto sobre el pensamiento contemporáneo académico, en su función diferenciada de los dominantes mensajes políticos y mediáticos. Según las ideas académicas y tal vez mal difundidas de muchos investigadores, la presión por ser delgado —una presión todavía más fuerte que la de ser extrovertido— al principio parece contradecir los preceptos de la cultura contemporánea de consumo. La obra de Schwartz resuelve la aparente contradicción entre el capitalismo y la dieta: en realidad, el deseo de bajar de peso estimula el consumo, ya que al frustrar el deseo, las dietas ayudan a confundir apetito y hambre, una confusión esencial para la economía de exceso (Schwartz 328). La mayoría de la gente que se pone a dieta descubre ese principio irónico, porque cuando abandona la dieta termina subiendo de peso. Inspirándose en la obra de Schwartz, Klein busca amar la grasa y así interrumpir el ciclo que estipula que mientras más se pone a dieta, más apetito se provoca y más se termina consumiendo y pesando (101-102). Las observaciones de estos dos pensadores, el historiador Schwartz y el crítico Klein, predicen que en la trama de Villoro la madre y la abuela de la “gorda Tencha” no durarán mucho tiempo de consumidoras de “menos”. Y, como Klein nos recuerda, las dietas pueden resultar letales (xvi). Se vislumbra la libertad inherente a la idea de aceptar la grasa de la familia de Tencha sin exigir el tratamiento médico ni aplicar el castigo de los insultos. Los estudios de la gordura piden un cambio de va-

lores que tornarían a estos antagonistas en protagonistas.

Como anticipa la mención de la madre y la abuela de Tencha, no sólo los niños son gordos en los libros para niños en México. Los ilustradores y escritores tienen la tendencia de representar a los malvados como gordos, sin importar su edad. Por ejemplo, otro texto para niños que entrelaza el personaje gordo con la misantropía —*La peor señora del mundo* (1992), de Francisco Hinojosa— arranca así: “En el norte de Turambul, había una vez una señora que era la peor señora del mundo. Era gorda como un hipopótamo, fumaba puro y tenía dos colmillos puntiagudos y brillantes” (7). Los dibujos de Rafael Barajas dejan claro que la “peor señora del mundo” es la más gorda y la menos atractiva del pueblo. Para el final del libro los ciudadanos, hastiados del maltrato de esa señora sádica, la engañan alegando que los castigos les gustan y los favores les desagradan. Como el desenlace explica, “Desde entonces todos vivieron felices, pues la peor señora del mundo seguía haciendo las cosas malas más buenas del mundo” (41). Las ventas de este libro deslumbran. En un correo electrónico personal, Rosa Pretelin Eguizar, la subgerente de reimpresiones y documentación del Fondo de Cultura Económica, resume las cifras. El texto de Hinojosa ha vendido, desde 1992, unos 397 771 ejemplares, un total espectacular (19 jun.). Entre las ediciones y reimpresiones destaca una tirada especial de *La peor señora del mundo* encargada por el gobierno mexicano para la colección

Libros del Rincón; en 2002, ese pedido consistió de 80 000 ejemplares, una cantidad extraordinaria.⁶ Sí, sí. Sé que todos están pensando en Elba Esther Gordillo, pero de verdad el patrocinio oficial del libro, además de la resolución feliz de su trama, desanima la lectura como alegoría política. La fallida interpretación alegórica redirige la atención al tema de la gordura como representación no de unos modos tiránicos de gobernar, sino como una imagen de la grasa en sí como anti-cool.

Tal como las confusas relaciones de *bullying*, la grasa provoca experiencias discrepantes entre los seres humanos. Por ejemplo, algunos investigadores notan que los temidos efectos negativos de la gordura infantil no siempre se manifiestan; los niños gordos no siempre sufren el estigma y la baja autoestima. O, para expresar el punto con palabras ajenas, se puede decir que el campo de los estudios de la obesidad resulta “vertiginosamente contradictorio” (Seeman y Luciani 7).⁷ El libro *Señor Fritos* (2011),

escrito por Mauricio Montiel Figueiras con ilustraciones del reconocido escritor de ciencia ficción mexicana, Bernardo Fernández (Bef), no admite tales contradicciones y presenta al protagonista gordo con el propósito de rehabilitarlo. Extraña que Bef haya colaborado con este libro, ya que a diferencia de la protagonista violenta, astuta y gorda de sus novelas detectivescas para adultos –*Hielo negro* (2011) y *Cuello blanco* (2013)–, el protagonista de nueve años de *Señor Fritos* no alcanza una actitud dominante, ni tampoco indiferente, ante los retos de su vida. Es decir, a diferencia de algunas figuras gordas de Bef, el niño de Figueiras no atina la postura *cool*, y a lo largo de *Señor Fritos* el personaje epónimo lucha, de modo sinceramente banal, contra su peso. Aburre el libro de Montiel Figueiras por esas buenas intenciones. Abogar por la dieta restringida como finalidad pedagógica transforma los eventos que serían dramáticos en simplezas didácticas.

Un poco al estilo de la muerte del padre en *Nina complot*, en *Señor Fritos* fallece una figura paterna. Específicamente, muere el dueño de la tienda de abarrotes, don Ari, debido a las complicaciones del sobrepeso. Si el abarrotero de *Las golosinas secretas* se retrata como sabio en su manejo de los dulces, el vendedor de *Señor Fritos* no logra el mismo truco. Las golosinas que consume Andrés en secreto se esconden no por mágicas sino por vergonzosas. Tras la muerte de su amigo adulto, Andrés se harta merendado solo en su recámara toda una gama de comestibles envuel-

⁶ La primera edición de *La peor señora del mundo* recibió dos reimpressiones, la segunda edición lleva dieciocho reimpressiones, y la tercera edición de pasta dura cuenta con dos reimpressiones. Otras tiradas se esparcen entre las filiales del Fondo de Cultura Económica en Colombia, Argentina y Guatemala.

⁷ Tampoco hay que encubrir la realidad de la intolerancia. La discriminación contra los gordos se asocia con una probabilidad estadísticamente más alta de vivir en la pobreza, ganar menos ingresos, ser desempleado y quedarse con niveles de educación más bajos, entre otras consecuencias negativas, como el recibir menos respeto de los vendedores y tener menos probabilidades de estar casados (Lupton 67-68).

tos en plástico, y cae rendido en un sueño profundo en que vuelve a hablar con don Ari (80-90). El amigo difunto explica desde el más allá un destino trascendental más bien insípido: tiene que seguir comiendo: "Todo lo que exageres mientras vivas será doblemente exagerado cuando mueras" (81). La situación se explica no como castigo, sino como consecuencia de las decisiones anteriores (87). A pesar de la presentación de la suerte de don Ari como elección, Andrés se despierta resuelto a cambiar —otro toque de sinceridad que puede desencantar—. El niño, ahora resuelto a cenar ensalada y volver al equipo de fútbol para participar y no para sentarse a comer mientras ve jugar a los demás, no convence como un personaje *cool*. El hambre verdadera que penosamente maneja el siempre sudado Andrés presenta el opuesto del antojo *cool*, y para eliminar toda duda respecto a la pugna entre apetito y hambre, aparecen múltiples descripciones de los rugidos de su panza (13, 25, 29, 33). Para transformarse en *cool*, Andrés tendría que dar rienda suelta a unos caprichos, en lugar de subyugarse a urgencias biológicas.

Para llegar a ser *cool* hace falta cultivar la actitud de desconexión e indiferencia que Peter Stearns, el historiador de *American Cool* (1994), identifica como claves. Sólo el distanciamiento protege contra el exceso vergonzoso que no es *cool* (*American Cool* 1). De modo interesante, tres años después de publicar la historia del estilo sentimental *cool*, Stearns lanzó su estudio de la gordura, *Fat History* (1997). Claramente, el otro

lado de lo *cool* es "sudar la gota gorda", candorosa e incontrolada. Atando cabos entre los estudios de Street, Stearns y Cain, se podría especular que las culturas de consumo y de la extroversión buscan reforzar la frialdad emocional de lo *cool*.

La delgadez y la identidad mexicana post-TLCAN: Aguilera, Brozon y Dehesa

De manera sugestiva para los mexicanistas, Pat Lyons comenta el aumento de la industria de las dietas. Lyons identifica el año 1994 —precisamente el parteaguas mexicano con la firma del TLCAN— como el momento clave del arrecio comercial en la aceptación de la industria de las dietas. Esta ascendencia no refleja una subida correspondiente en la eficacia de las mismas (Lyons 75).⁸ No obstante el riesgo de agravar el supuesto problema al rechazar la grasa, los discursos presidenciales alarmistas respaldan la industria del supuesto adelgazamiento. En el año 2013, un artículo de Guadalajara informa que en el tiempo inaugural de su sexenio, Peña Nieto veía la obesidad y la diabetes como "una amenaza a la salud de los mexicanos" ("Peña Nieto"). El mismo artículo divulga los datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE): "México

⁸ Según la información citada por Lyons, la tasa de fracaso para el sostenimiento de la pérdida de peso se queda constante en un 90-95% (75).

es el segundo país con el mayor número de adultos con obesidad, detrás de Estados Unidos, y el primero en obesidad infantil” (“Peña Nieto”).⁹ Desde su cuestionamiento menos nervioso de la postura oficial, Abigail Saguy destaca el criterio moral y poco científico con que se comprende el sobrepeso, y reflexiona sobre la preocupación moralista por el tiempo que los niños gordos pasan viendo la televisión. Saguy ironiza sobre la carencia de angustia por el tiempo que los niños pasan con los libros, actividad auxiliada por el gobierno (Saguy 83-84).¹⁰

La identidad mexicana post-TLCAN y la relación mexicana con los valores antes considerados como gringos se evidencian en algunas novelas para adolescentes de las escritoras Flor Aguilera, Mónica Brozon y Juana Inés Dehesa. Por ejemplo, *Mi vida de rubia* (2008), de Aguilera, cuenta de modo algo mecánico —es decir, sin gran ambición literaria— la adolescencia de la protagonista Pamela Montes Campbell (“sí, como las sopas”), engendro de una mamá gringa y un padre defeño (150). En el año 2006, Pam se muda con su familia de San Miguel

de Allende hasta la Ciudad de México, donde asiste a su último año de preparatoria. Siguiendo un plan más bien *nerd*, Pam logra transformarse de introvertida sin ningún amigo en San Miguel a una extrovertida “reina” capitalina cuya camarilla se organiza alrededor de dos principios imprescindibles: meter cuanto vocablo en inglés permita la coherencia y temer la grasa. Cito: “Para las reinas, ser anoréxica era considerado bastante *cool*, sólo que era importantísimo que no estuviera fuera de control” (66). El vocabulario post-TLCAN manejado por la narradora para describir el ambiente de la preparatoria incluye *cool*, *losers*, *dealer*, *nerd*, *skater*, *dark*, *heavy*, *freak*, *chubby*, *ultrageek*, *outsider*, *fashion*, *look* y *homeroom*. Una palabra que no se menciona en el libro, *bullying*, podría usarse para agrupar la jerarquía social que este vocabulario establece. Dentro de ese lenguaje de las reinas se exhorta la eliminación de la grasa: “Ser gorda, incluso tan sólo un poco gordita, como sentí que me veían a mí, era algo completamente prohibido. Empecé la dieta recomendada y la sentí concienzudamente” (66). Surge aquí la banalidad de *Señor Fritos*. Parece que no hay para dónde sacar la narrativa una vez que se mete en el túnel angosto de las dietas. Para el final del texto, Pam logra una suerte de compromiso entre lo *cool* y lo *nerd*. Por un lado se retira del grupo de las reinas y se despliega más como estudiosa y solitaria, pero por otro lado da a su madre “algunos tips de belleza”. Los consejos funcionan y a raíz de que la madre “se puso a dieta”, la narradora de-

⁹ En tono de crisis, continúa el resumen del estudio para informar que “la diabetes es la principal causa de muerte en México, con 17.2 % de los decesos” (“Peña Nieto”).

¹⁰ En las palabras de Saguy, “I have yet to read an article about children becoming obese because they are spending too much time reading, doing puzzles, or playing board games. While these activities are sedentary, they are seen as beneficial in other ways for child development, muddying the simple narrative of obesity as the product of bad individual choices or behavior” (83-84).

clara, “todo empezaba a marchar mejor” (128). Lo difícil de hacer literatura para adolescentes y no unos manuales burdos de autoayuda radica en este limitante: el texto para jóvenes no quiere afrontar los valores dominantes que este público objetivo debe absorber.

Al estilo de Aguilera, Mónica Brozon escribe un texto increíblemente banal alrededor del tema de la bulimia en *36 kilos* (2008). Puede ser que ese tono plano y desprovisto de afanes literarios fuera de la comunicación coherente refleje una estética algo *cool* o poco sentimental, pero también es posible que insinúe que el tema de las dietas no estimula la poesía. En *36 kilos*, la terrible lección impartida por el personaje antagonista –la madre de la adolescente bulímica– en realidad no se contradice por la fascinación que exhibe la novela, precisamente, por esa joven trastornada. Dice la madre: “[L]as gordas se ven ordinarias” (119). No obstante esta narrativa ordinaria que no supera su propia obsesión con la enfermedad glamorosa, Brozon sí es capaz de cumplir con pretensiones literarias más sofisticadas, como demuestra la novela *Dead Doll* (2012). El uso de jerga de una adolescente adinerada constituye la riqueza de esta obra. Con ilustraciones de una muñeca y epígrafes de todo el mundo, desde Lady Gaga hasta Steve Jobs, *Dead Doll* narra el apuro post-TLCAN de Daniela Villarreal Sanromán –la protagonista flaca, bien vestida y poco amiga de los libros que se muere en un accidente de coches–. Por plan divino, esta niña *bully* se despierta en una cama de hospital metida en el

cuerpo de Perla, una gorda estudiosa de quien antes la flaca se burlaba. Brozon se aprovecha de la fórmula literaria infantil que aleja a los personajes gordos del estatus de *cool* a la vez que intenta recapacitar sobre esta lógica social. La perspectiva inicial de Daniela sobre la incompatibilidad de lo *cool* y los *nerds* no admite la ambigüedad: “[L]as fiestas cool no son para nerds porque se les quita lo cool instantáneamente y se convierten en fiestas raras” (sin cursivas en el original 10). Lo que Daniela llega a entender tras vivir en el cuerpo de Perla es que la chava *nerd* sí puede atraer al novio *cool*. Esta lección en lo sexy que resulta un cerebro, sin embargo, no logra extirpar el estigma de la gordura. Daniela sufre asco del cuerpo de Perla, por su hambre y por el sudor. Saltando los muchos comentarios sobre el sudor, llego directamente al tema del hambre que muestra lo *cool* de Daniela contra las necesidades menos atractivas de Perla: “Total, si desde que estoy en este cuerpo como más por hambre que por antojos, como lo hacía antes” (247). Daniela llega a utilizar su celular para cubrir el sonido del hambre de Perla: “Pero lo saco y no llama nadie, más bien son otra vez las tripas de Perla que piden comida y truenan tan fuerte que se confunden con la vibración del celular” (190).

La serie de libros “Doll” a que pertenece *Dead Doll* incluye dos textos más que debaten los valores de la introversión y la extroversión, junto con la gordura. *Pink Doll* (2011) y su secuela, la antemencionada *Rebel Doll*, de Juana

Inés Dehesa, repiten las mismas fórmulas narrativas sobre la introversión pensativa y la gordura vulnerable que se oponen a la fría extroversión esnob y la delgadez. Dehesa intenta asociar la introversión con lo *cool* y lo logra, aunque sin redimir del todo la grasa. En conclusión, reitero la ambivalencia que parecemos sufrir respecto a la dinámica de lo *cool*. El *Señor Fritos* y las novelas de la serie *Doll*, además de *Mi vida de rubia*, ¿se deben contemplar como ejemplos inexpertos de la novelística mexicana? ¿O se leen mejor como manuales exitosamente banales de autosuperación? ¿Los personajes de Villoro se revelan demasiado intolerantes, o *Las golosinas secretas* tiene cierta razón —en una lógica respaldada hasta por el presidente Peña Nieto— en advertir que los niños gordos constituyen un blanco fácil y por consiguiente el lector precavido debe asustarse frente a la supuesta “epidemia de obesidad”? Y los libros de Chacek, deslumbrantes por su uso de lenguaje conciso, ¿dan un modelo de personalidad contraproducente para los niños que enfrentarán —se quiera o no— la presión de comportarse como extrovertidos? Estas preguntas señalan la doble carga de la literatura infantil: esperamos que los textos se desenvuelvan como buenas historias y como buenos modelos. Desgraciadamente, una buena historia no siempre conlleva un buen modelo. No sé qué implica esta incompatibilidad de lo sincero con lo *cool* en cuanto al tema de la grasa. Tal vez como complemento a *Quiet*, Susan Cain debe publicar un volumen titulado *Chubby*. ❧

Fuentes citadas

- Aguilera, Flor. *Mi vida de rubia*. México: Alfaguara, 2008.
- Brozon, M. B. *36 kilos*. México: Ediciones SM, 2008.
- . *Dead Doll*. Ilustraciones Areli García, Fabián García Bergua y Emilio Romano. México: Ediciones B, 2012.
- Cain, Susan. *Quiet: The Power of Introverts in a World That Can't Stop Talking*. Nueva York: Crown, 2012.
- Castañeda, Jorge. G. *Mañana Forever? Mexico and the Mexicans*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2011.
- Chacek, Karen. *Conspiracy Girl*. El Paso: Cinco Puntos Press, 2013.
- . *La cosa horrible*. Ilustraciones de Julián Cicero. México: Axial/Colofón, 2011.
- . *Nina complot*. Ilustraciones de Abraham Balcázar. Oaxaca: Almadía, 2009.
- . *Una mascota inesperada*. Ilustraciones de Manuel Monroy. México: Ediciones Castillo, 2007.
- Davis, Lennard J. *Obsession: A History*. Chicago y Londres: Editorial Universitaria de Chicago, 2008.
- Dehesa, Juana Inés. *Pink Doll*. Fotografía de Fabián García Barajas. Diseño de Emilio Romano. México: Ediciones B, 2011.
- . *Rebel Doll*. Fotografía de Adrián Correa. Diseño de Emilio Romano. México: Ediciones B, 2012.
- Fernández, Bernardo (Bef). *Cuello blanco*. México: Grijalbo, 2013.
- . *Hielo negro*. México: Random House Mondadori, 2011.
- Hanish, Laura D., Alison Hill, Sherri Gosney, Richard A. Fabes y Carol Lynn Martin. “Girls, Boys, and Bullying in Preschool: The Role of Gender in the Development of Bullying”. *Bullying in North Ame-*

- rican Schools. Eds. Dorothy L. Espelage y Susan M. Swearer. Nueva York y Londres: Routledge, 2004. 132-146.
- Hind, Emily. "Entrevista con Karen Chacek". *Generación XXX: Entrevistas con veinte escritores mexicanos nacidos en los 70. De Abenshushan a Xoconostle*. México: Ediciones Eón/Universidad Veracruzana, 2013. 149-172.
- Hinojosa, Francisco. *La peor señora del mundo*. Ilustraciones de Rafael Barajas. 1992. 2da. ed. México: FCE, 2010.
- Klein, Richard. *Eat Fat*. Nueva York: Pantheon Books, 1996.
- Lupton, Deborah. *Fat*. Nueva York: Routledge, 2013.
- Lyons, Pat. "Prescription for Harm: Diet Industry Influence, Public Health Policy, and the 'Obesity Epidemic'". *The Fat Studies Reader*. Eds. Esther Rothblum y Sondra Solovay. Nueva York y Londres: Editorial Universitaria de Nueva York, 2009. 75-87.
- Montiel Figueiras, Mauricio. *Señor Fritos*. Ilustraciones de Bernardo Fernández (Bef). México: Sexto Piso, 2011.
- Mulkerrins, Jane. "The Big Noise in THE QUIET Revolution". *Mail on Sunday* 12.21 (abril de 2013). ProQuest. Web. 14 de junio de 2013.
- Nunn, Kenneth P. "Bullying". *Journal of Pediatrics and Child Health* 46 (2010): 140-141.
- "Peña Nieto promete estrategia nacional 'efectiva' contra obesidad y diabetes". *EFE News Service* (2 de abril de 2013). ProQuest. Web. 11 de junio de 2013.
- Pountain, Dick y David Robins. *Cool Rules: Anatomy of an Attitude*. Londres: Reaktion Books, 2000.
- Pretelin Eguizar, Rosa. Correo electrónico personal. 14 de junio de 2013.
- . Correo electrónico personal. 19 de junio de 2013.
- Saguy, Abigail C. *What's Wrong with Fat?* Oxford y Nueva York: Editorial Universitaria de Oxford, 2013.
- Schwartz, Hillel. *Never Satisfied: A Cultural History of Diets, Fantasies and Fat*. Nueva York: The Free Press, y Londres: Collier Macmillan, 1986.
- Seeman, Neil y Patrick Luciani. *XXI: Obesity and the Limits of Shame*. Toronto: Editorial Universitaria de Toronto, 2011.
- Shariff, Shaheen. *Confronting Cyber-Bullying: What Schools Need to Know to Control Misconduct and Avoid Legal Consequences*. Cambridge y Nueva York: Editorial Universitaria de Cambridge, 2009.
- Stearns, Peter N. *American Cool: Constructing a Twentieth-Century Emotional Style*. Nueva York y Londres: Editorial Universitaria de Nueva York, 1994.
- . *Fat History: Bodies and Beauty in the Modern West*. Nueva York y Londres: Editorial Universitaria de Nueva York, 1997.
- Street, John. "The Celebrity Politician: Political Style and Popular Culture". *The Celebrity Culture Reader*. Ed. P. David Marshall. Nueva York y Londres: Routledge, 2006. 359-370.
- Villoro, Juan. Correo electrónico personal. 14 de junio de 2013.
- . Correo electrónico personal. 20 de junio de 2013.
- . *Las golosinas secretas*. 1985. 6ta. ed. Ilustraciones de Mauricio Gómez Morín. México: FCE, 2003.
- . *Las golosinas secretas*. Ilustraciones de Gabriel Orozco. México: CIDCU, 2010.